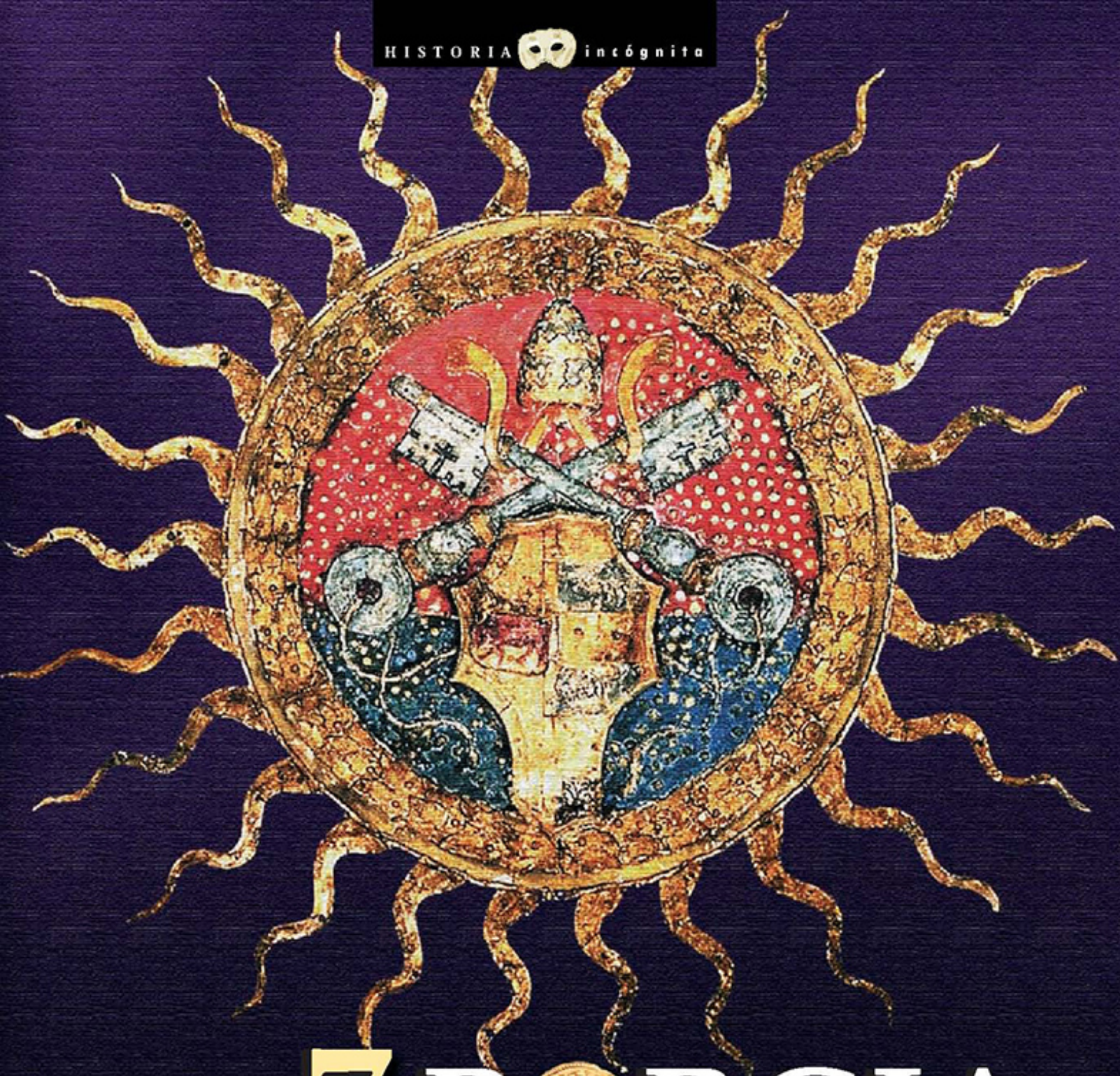


HISTORIA  incógnita



# LOS 7 B ORGIA

*Una historia de ambición, refinamiento y perversidad*

Ana Martos Rubio

# LOS 7 BORGIA

**UNA HISTORIA DE AMBICIÓN,  
REFINAMIENTO Y PERVERSIDAD**

**ANA MARTOS**



[www.nowtilus.com](http://www.nowtilus.com)

[www.historiaincognita.com](http://www.historiaincognita.com)

**Serie:** Nowtilus Saber

**Colección:** Historia Incógnita

[www.nowtilus.com](http://www.nowtilus.com)

[www.historiaincognita.com](http://www.historiaincognita.com)

**Título de la obra:** Los 7 Borgia

**Autor:** © Ana Martos Rubio

**Editor:** Santos Rodríguez

**Responsable editorial:** Teresa Escarpenter

**Coordinador editorial:** José Luis Torres Vitolas

**Diseño de cubiertas:** Carlos Peydró

**Diseño y realización de interiores:** David Borreguero

**Edición digital:** Grammata.es

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece pena de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

Editado por Ediciones Nowtilus, S.L.

[www.nowtilus.com](http://www.nowtilus.com)

Copyright de la presente edición:

© 2006 Ediciones Nowtilus, S.L.

Doña Juana I de Castilla, 44, 3º C, 28027-Madrid

**ISBN 13: 978-84-9763-314-7**

**Libro electrónico:** primera edición

# Índice

## CAPÍTULO I - EL AÑO DEL CISMA

- LAS HABILIDADES DE UN NEGOCIADOR
- UN PREMIO PARA EL ÉXITO
- DE BORJA A BORGIA
- DE OBISPO A CARDENAL PAPABLE
- LA PROFECÍA
- EL PARIENTE POBRE
- LOS CATALANES EN ROMA
- EL PRIMER PAPA BORGIA
- LA POLÍTICA DEL PAPA BORGIA
- CALIXTO III, VENCEDOR DEL TURCO
- FINALE

## CAPÍTULO II - ¡DESPIERTA, HUMANIDAD!

- EN BUSCA DE LA VERDAD
- UN CANTO A LA VIDA
- UNA HISTORIA TÍPICA MEDIEVAL EN PLENO RENACIMIENTO ITALIANO
- ITALIA, LA ADELANTADA DEL RENACIMIENTO
- LOS ESTADOS PONTIFICIOS
- ROMA ETERNA
- EL HOMBRE NUEVO

## CAPÍTULO III - LA CORTE FEMENINA

- LOS PREDECESORES
- EL AÑO DE LOS ACONTECIMIENTOS
- LA VIDA MUNDANA DE RODRIGO BORGIA
- LA COMPAÑERA SENTIMENTAL DEL CARDENAL PAPABLE
- LA FARNESINA
- EL MISTERIOSO INFANTE ROMANO
- LUCRECIA, LA HIJA MIMADA
- UN POLVORÍN LLAMADO SANCHA

- LAS TRES GRACIAS EN EL VATICANO

#### CAPÍTULO IV - EL TESTAMENTO DE ADÁN

- EL PODER DE LA MALEDICENCIA
- UNA SOLUCIÓN MUY SOCORRIDA
- DE CÓMO LO FALSO SE CONVIRTIÓ EN VERDADERO
- ¡EA, JUDÍOS, A ENFARDELAR!
- EN BUSCA DE PRESTE JUAN
- EL MAYOR REPARTO DEL MUNDO DESDE ALEJANDRO MAGNO

#### CAPÍTULO V - LAS INVASIONES BÁRBARAS

- UN ENEMIGO IMPLACABLE
- UN REY MUY FEO
- LAS CAMPAÑAS DE LA FORNICACIÓN
- LA FIESTA SE CONVIERTE EN PESADILLA
- TAMBIÉN EL SUEÑO SE CONVIERTE EN PESADILLA
- CAMBIO DE BANDO
- LOS APUROS DE LUDOVICO EL MORO
- LAS DESVENTURAS DE DON FADRIQUE
- EL REPARTO DEL BOTÍN
- DOS TRATADOS EXCLUYENTES

#### CAPÍTULO VI - ALIANZAS Y TRAICIONES

- UNA VIDA CORTA E INÚTIL
- ESPECULACIONES EN TORNO A LA MUERTE DE JUAN BORGIA
- DE CARDENAL A GENERAL
- UNA TAREA HISTÓRICA
- MAL ENEMIGO
- LA CONQUISTA DE LA ROMAÑA
- EL EFECTO FRANKENSTEIN
- LA CONJURA DE LA MAGIONE
- LA CONJURA DE SINIGAGLIA
- UNA ESTRELLA QUE SE APAGA
- UN CASTILLO QUE SE DESMORONA
- DOS VECES TRAIADOR

#### CAPÍTULO VII - DONNA LUCRECIA, DUQUESA DE FERRARA

- CARNE DE FOLLETÍN

- SU RETRATO
- PRENDA DE PAZ
- UN ESTADO FUERTE Y UNA FAMILIA LINAJUDA
- UNA BODA CONTROVERTIDA
- UNA GRAN DAMA

#### CAPÍTULO VIII - LOS VENENOS DE LOS BORGIA

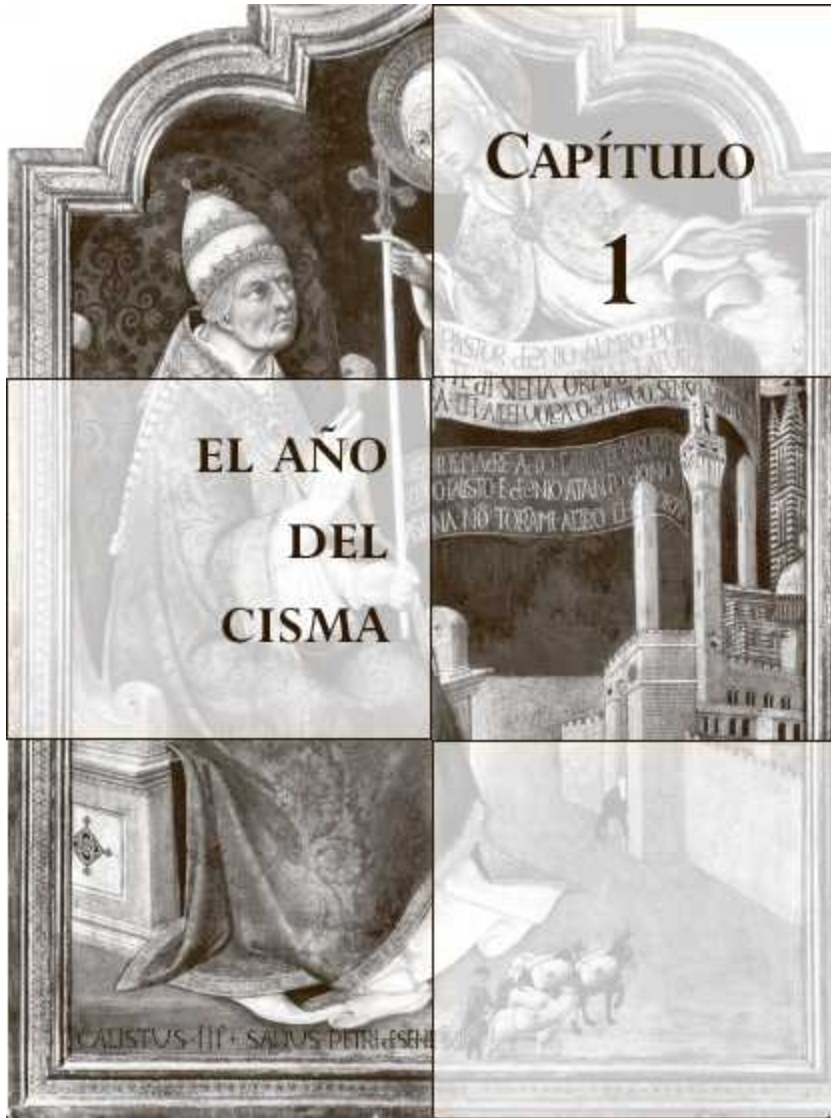
- LA FUNCIÓN DEL VENENO EN LA HISTORIA
- LA CANTÁRIDA, UN ARMA LETAL
- LAS PLAGAS RENACENTISTAS
- LA TERCERA PLAGA
- LA LETTERA
- EL BAILE DE LAS CASTAÑAS
- EL RAPTO DE DOROTEA
- EL BURCARDO
- SAVONAROLA
- LAS LEYENDAS NEGRAS

#### CAPÍTULO IX - LA LEYENDA DORADA

- NIETO DE PRÍNCIPES
- AL SERVICIO DEL REY
- CONSUELO PARA UNA PRINCESA DESDICHADA
- ¿AMOR O LEYENDA?
- MÁS ALTO, MÁS ALTO
- EL ÚLTIMO CONSUELO
- LOS JESUITAS
- UN BORGIA SANTO

#### BIBLIOGRAFÍA

#### NOTAS



Entre los numerosos ejemplos de testarudez que el reino de Aragón ha ofrecido a la historia, uno de los más destacados es, sin duda, el del papa Luna, cuya singular terquedad prolongó durante una década un cisma que ya desgarraba a la cristiandad desde cuarenta años atrás.

Todo empezó cuando los papas, en lugar de permanecer en Roma que era la capital de la cristiandad, se instalaron en Aviñón auspiciados y protegidos por el rey francés que así tenía la posibilidad de manipular a su gusto los negocios eclesiásticos, algo que siempre ha despertado el deseo de los príncipes. Después de un largo período de permanencia en Francia que se conoce como el Segundo cautiverio de Babilonia [\[1\]](#) , uno de los papas decidió por fin regresar a Roma, donde murió al poco tiempo.

Mientras, el pueblo romano se manifestaba incesantemente y organizaba tumultos y motines cada vez que el Cónclave elegía a un papa que no era italiano. No olvidemos que en aquella época el papa era el soberano que gobernaba Roma junto con los vastos territorios pontificios denominados inicialmente Patrimonio de San Pedro y que después se ampliaron para llamarse Ducado Romano o Santa República de los Romanos y, una vez que el siglo XVI trajo la descripción del Estado moderno, se podrían llamar Estados Pontificios. Estos nombres pueden dar una idea de lo mal que debía sentar al pueblo ver a un gobernante no romano o ni siquiera italiano dirigiendo los destinos de su Roma. Desde 1314, pues, los papas fueron franceses hasta que en 1378 se eligió papa a un napolitano, Urbano VI, quien fijó de nuevo su residencia en Roma.

Pero esta vuelta «al hogar» tuvo al parecer un efecto perverso, porque al poco tiempo de haberle coronado, la mayor parte de los cardenales electores se mostraron profundamente arrepentidos y decidieron declarar nula la elección. Algunos autores señalan que el nuevo papa se había mostrado dictatorial e intratable, comportándose



como un tirano enloquecido desde el mismo día de su ascenso a la silla de San Pedro, el 7 de abril de 1378. Otros autores más atrevidos aseguran que el nuevo pontífice había decidido terminar de un plumazo con las exacciones que habitualmente se producían en el seno de la Iglesia y que dos clérigos de Bohemia, Jerónimo de Praga y Juan Hus (precursores, por cierto, de Lutero), venían denunciando airadamente. Según estos autores, Urbano VI, de rigurosa moral y destacado impugnador de la simonía, se había pronunciado contra la venta de indulgencias y había aseverado: «Quiero purificar la Iglesia y la purificaré».

Fuera cual fuera el motivo, lo cierto es que el comportamiento del nuevo papa no resultó del agrado de sus electores, quienes se retiraron a la ciudad italiana de Anagni para proclamar la nulidad de su elección y nombrar un nuevo pontífice más acorde con sus gustos e intereses. El 20 de septiembre de 1378 eligieron un nuevo papa francés, Clemente VII, quien en vista de que el papa desposeído se negaba a abandonar la sede romana se instaló en Aviñón bajo la protección del rey de Francia.

Por tanto, en 1378 llegó a haber dos papas que pretendían al unísono ser vicarios de Cristo en la tierra. Como era de esperar, los países cristianos se dividieron en dos bandos para adherirse al papa de Aviñón o al de Roma, y entre estos se produjo un feroz intercambio de anatemas, maldiciones y atentados, considerando cada uno que el antipapa era el otro y organizando cruzadas contra el odiado rival. Y, como también era de esperar, segundos después de la muerte de cada uno de los papas, los cardenales de su entorno habían elegido y coronado a otro, para no dar lugar a un vacío en la silla papal. Así se prolongó el cisma un año tras otro, sin que ninguno de los dos se aviniese a abdicar a favor del otro.

Uno de los papas (o antipapas, según se mire) elegidos en Aviñón fue un cardenal aragonés llamado Pedro de Luna, quien tomó la tiara con el nombre de Benedicto XIII y que

demostró ser honrado y capaz. Pero el papa Luna tenía un defecto y era no ser italiano ni francés, por lo que ni el romano hubiera nunca abdicado en su favor, ni el rey de Francia le prestó su apoyo mucho tiempo. En 1398, Benedicto XIII tuvo que abandonar la ciudad fortificada de Aviñón después de un asedio militar de más de cuatro años al que le sometieron los soldados franceses, empeñados en que renunciara a favor de un papa francés.

Pero los franceses no habían contado con la obstinación del papa aragonés, quien lejos de dimitir se refugió en su castillo de Peñíscola, donde recibió tropas y una importante flota de los príncipes catalanes y valencianos con las que emprendió una batalla naval contra los otros papas.

Así pues, un papa en Aviñón, otro en Roma y otro en Peñíscola dieron lugar al cisma tricéfalo que dividió a la cristiandad ya no en dos, sino en tres bandos, no sólo sociales, sino militares, porque lo que empezó con demandas de renuncia y amenazas terminó a cañonazos.

### CISMA TRICÉFALO

El de Occidente no fue el primer cisma tricéfalo que se produjo en el seno de la iglesia. Ya en el siglo XI se dio una situación similar, cuando tres papas se disputaron el poder. Pero, a diferencia del de Occidente en que cada papa se asentaba en una ciudad distinta, los tres papas del siglo XI se encontraban en Roma y se revolvían en la misma ciudad. Debió de ser digno de ver cómo celebraban los oficios religiosos, uno en Santa María la Mayor, otro en San Juan de Letrán y otro en San Pedro in Batecanum, maldiciéndose los unos a los otros, excomulgándose mutuamente y enviándose embajadas con amenazas, ataques y atentados.

Sin embargo, en el cisma de Occidente los papas no se limitaban a excomulgar al contrario o a atentar contra él, sino que organizaban cruzadas internacionales y

otorgaban indulgencias a quienes luchasen contra los enemigos, es decir, contra los papas rivales y los países que les apoyasen.

Pasaron los años y el papa Luna no se rendía. Cuando el emperador Segismundo finalmente decidió tomar cartas en el asunto, reunir un concilio y elegir un nuevo papa destituyendo a todos los demás, el papa Luna no aceptó la resolución del concilio. Sus argumentos fueron contundentes. En primer lugar, la dignidad papal es irrenunciable. En segundo lugar, una vez fallecidos todos los cardenales de su tiempo él era el único cardenal que quedaba vivo desde antes del Cisma. Puesto que todo lo sucedido después del Cisma era inválido, él era el único cardenal legítimo que quedaba en el mundo y sólo él podía elegir papa. Por tanto, se elegía a sí mismo. Era el otro quien debía renunciar. «El otro», es decir, Martín V, perteneciente a la poderosa familia Colonna, había sido elegido en 1414 en el concilio de Constanza en el que, por cierto, se aprovechó para mandar quemar vivo a aquel clérigo de Bohemia llamado Juan Hus, quien se había convertido en un molesto grillo que perturbaba con sus chirridos el plácido curso del caudaloso río de oro que, procedente de las indulgencias, desembocaba en las arcas de Dios.

Oficialmente, el concilio de Constanza terminó con el cisma, porque declaró antipapa al papa aragonés que seguía porfiando y tratando de demostrar su legitimidad frente al mundo entero, atrincherado en su castillo de Peñíscola, donde ya solamente recibía apoyo de Castilla y de Aragón.

Se ha dicho que le intentaron envenenar en más de una ocasión, pero que su fuerte naturaleza y su dura cabeza se resistieron a morir y que solamente murió de viejo ya en 1423. No lo sabemos con certeza, sólo sabemos que al

morir dejó un heredero de su tiara y de su cabezonería, otro aragonés, a quien el puñado de cardenales que resistía en Peñíscola coronó con el nombre de Clemente VIII.

## **LAS HABILIDADES DE UN NEGOCIADOR**

El 25 de julio de 1429 llegó ante la rampa de entrada del castillo un jurista valenciano a quien no atemorizaba la amenaza de muerte que, según decían, pendía sobre las cabezas de los legados que hasta allí llegaban con pretensiones de hacer abdicar al papa aragonés. Llegó pidiendo ver a Clemente VIII.

Alonso de Borja es el nombre de aquel intrépido jurista que se atrevió a presentarse ante el papa cismático para tratar de convencerle de que la Iglesia de Cristo solamente podía tener una cabeza. Ya en vida del papa Luna, Alonso de Borja había tenido el valor de entrar a su servicio a pesar de que, sin ser especialmente clarividente, cualquiera hubiera podido comprobar que los días papales de Benedicto XIII estaban contados y, con ellos, lo estaba también la carrera profesional de sus adeptos.

Este Alonso de Borja era el pariente pobre de una familia asentada en Játiva, en el reino de Valencia, procedente al parecer de un burgo pontificado al sur del Ebro, Borja, cerca de la frontera navarra.



***La ventana de la habitación del papa Luna en el castillo de Peñíscola desde la que contemplaba el avance de su flota. En aquella fortaleza se atrincheró para guerrear contra los papas de Roma y de Aviñón, y hasta allí llegó Alonso de Borja para convencer a su sucesor de que renunciase a la tiara papal.***

Hubo un tiempo en que los Borja pretendieron atribuirse, como tantos otros, un origen noble, y quisieron hacer creer que descendían de un tal Pedro de Artarés, noble aragonés sobrino natural del rey Alfonso I el Batallador, quien le había entregado la fortaleza de Borja en agradecimiento a sus servicios. Pero lo cierto es que don Pedro de Artarés había muerto sin descendencia en 1151 y que la primera noticia documental que se tiene de la familia Borja fue su participación en la conquista de Játiva en 1244, acompañando a Jaime I el Conquistador, con quien llegaron a Valencia procedentes de Aragón. Después de arrancar el

reino de Valencia al moro, los Borja entraron a formar parte de la nobleza local urbana de Játiva, pero una rama más humilde de la familia no llegó a establecerse en la ciudad, sino en los alrededores, concretamente en Canals, y de allí procedía Alonso de Borja.

Sabemos que era el pariente pobre de la familia urbana de Játiva porque fue fray Vicente Ferrer, un dominico que predicaba por entonces, quien convenció a la madre de Alonso para que éste iniciase la carrera eclesiástica y convenció también a los parientes ricos de la ciudad para que sufragasen sus gastos. Igualmente sabemos que Alonso supo corresponder cumplidamente tan pronto se sentó en la silla de San Pedro con el nombre de Calixto III, porque llamó consigo a los hijos de aquellos que en su día le protegieron y los tuvo a su lado hasta su muerte. El más importante de ellos fue su sobrino Rodrigo de Borja, al que un día ceñiría la tiara papal con el nombre de Alejandro VI. Tampoco se olvidó de su benefactor, quien le había recomendado no sólo a sus parientes ricos para sufragar sus estudios, sino que una vez estos hubieron finalizado le había introducido en la corte del rey de Aragón, por entonces Martín I el Humano. El Papa, agradecido, se ocupó de beatificar al fraile dominico de Valencia al que hoy llamamos San Vicente Ferrer.

## **UN PREMIO PARA EL ÉXITO**

Como si formara parte de su destino, el mismo año en que se inició el cisma de Occidente, 1478, vino al mundo Alonso de Borja, a cuyas aptitudes diplomáticas se debió la liquidación del último reducto cismático, el grupo de cardenales atrincherados en Peñíscola junto a su electo papa Clemente VIII.

Algunos autores opinan que Alonso de Borja ascendió a la dignidad papal sin mérito alguno, elevándose sobre infamias e iniquidades desde un oscuro rincón de los

alrededores de Játiva. Pero el hecho de conseguir la renuncia al papado de un aragonés que llevaba años porfiando con medio mundo puede ser mérito suficiente si no para hacerle papa, sí para hacerle obispo.

Y eso es lo que consiguió. Clemente VIII había venido rechazando todas las ofertas de negociación de la curia de Roma e intervenciones del rey de Aragón y suponemos que también desechó no pocas amenazas. Del papa Luna y de él se dijo que eran herejes, apóstatas diabólicos, que habían pactado con el demonio, y los legados pontificios o reales se negaban a aproximarse al castillo de Peñíscola por miedo a una acción demoníaca, a una maldición inevitable o a un ataque militar. Quizá por eso tuvo más mérito la presencia de Alonso de Borja a la puerta de la fortaleza, solicitando hablar con él en nombre de Su Santidad Martín V. Y para asombro de toda la cristiandad y seguramente del mismo Alonso, Clemente VIII le recibió.

Es bastante probable que el antipapa estuviera deseando que alguien viniera a negociar con él y a ofrecerle una salida digna y decorosa en lugar de lanzarle anatemas y tratarle como al diablo encarnado. Lo cierto es que no solamente recibió a Alonso de Borja inmediatamente, sino que se avino a negociar y llegó a aceptar las condiciones que éste le ofrecía. Eran bastante aceptables, por cierto. Si abdicaba, se le permitiría reincorporarse a la Iglesia como obispo de Mallorca y se reconocerían las decisiones tomadas por Benedicto XIII y por él mismo.

Clemente VIII no era necio y seguramente era consciente de la delicada situación a que se estaba exponiendo con su terquedad. Por una parte, cada vez tenía menos apoyo externo y algún día se iba a quedar solo ante sus oponentes. Por otra parte, los recursos económicos que pudiera haber heredado del papa Luna debían estar llegando a su fin y el porvenir no parecía sonreírle. Así, pues, un obispado de las características del de Mallorca suponía un retiro tranquilo y económicamente acomodado,

porque la sede mallorquina tenía muy buenos beneficios. Y, finalmente, la solución que le propuso Alonso de Borja le permitía salir con el rostro levantado y no temer insultos o malos tratos. Era una salida airosa que, además, se ampliaba al resto de su gente. El problema de abdicar y de renunciar a un cargo religioso suponía arrastrar al abismo a todos los cargos nombrados, puesto que si un papa reconocía no tener derecho a serlo, los obispos y cardenales que hubiese nombrado quedaban destituidos automáticamente.

Pero la salida honrosa que le propuso Alonso de Borja incluía admitir los nombramientos y decisiones anteriores, con lo cual nadie salía perdiendo.

El mérito real no estaba, pues, en la negociación, sino en haber sido capaz de elaborar semejante propuesta. No olvidemos que Alonso era entonces consejero de personajes importantes ya que, merced al apadrinamiento de fray Vicente Ferrer, había entrado a formar parte del consejo del rey de Aragón Martín el Humano, y a la sazón lo era de Alfonso V el Magnánimo. El hecho de que unos y otros le nombraran consejero, puesto que también fue confesor en su día del papa Luna, y de que lo eligieran como legado dice bastante de sus aptitudes negociadoras, cosa sumamente importante en aquellos tiempos en los que, finalizando la Edad Media e iniciándose el Renacimiento, el ser humano estaba aprendiendo a utilizar la razón y no la fuerza bruta para conseguir sus propósitos.

En resumen, el antipapa Clemente VIII firmó un documento de renuncia por el que se convirtió automáticamente en don Gil Sánchez Muñoz, obispo de Mallorca, devolviendo al mismo tiempo que la tiara los bienes eclesiásticos recibidos del papa Luna. En cuanto al hábil negociador que logró la firma, el cardenal primado lo premió con el obispado de Valencia, lo que le obligó a recibir todas las órdenes sagradas de una sola vez, algo que, por cierto, era bastante común cuando se trataba de premiar a



un laico, porque no había mejor premio que un cargo eclesiástico. Una abadía o un obispado eran las posiciones que más pingües rentas y beneficios llevaban asociados.

## **DE BORJA A BORGIA**

Se ha dicho que los Borja italianizaron su apellido cuando se establecieron en Italia, pero parece que lo cierto es que fue la cancillería pontificia del papa Martín V la que decidió que había que latinizar el nombre de Borja toda vez que Alonso había dejado de ser laico para convertirse en sacerdote. La cancillería papal le obligó a convertir su apellido en Borgia cuando se trasladó a Roma, una vez investido cardenal en 1444. No fue, por tanto, una conversión al italiano, sino al latín, que al fin y al cabo es la lengua madre del italiano y la lengua oficial de la Iglesia desde el siglo IV [\[2\]](#).

### **ÓRDENES SAGRADAS**

En la Edad Media, la Iglesia había adoptado el sistema feudal: un obispo o un abad eran señores feudales que recibían de sus vasallos las mismas rentas, impuestos y derechos que los señores laicos. El mismo papa fue señor feudal cuando tuvo territorios que gobernar, que se llamaron Patrimonio de San Pedro. Era normal, por tanto, que un laico se viera obligado a recibir todas las órdenes sagradas una tras otra para convertirse en religioso y poder asumir el cargo concedido. En aquellos tiempos, era habitual que los laicos se convirtiesen en obispos o abades de la noche a la mañana para poder ocupar abadías u obispados sin pérdida de tiempo. Por ejemplo, en Bizancio, el patriarca Focio había recibido las órdenes sagradas en sólo cinco días con el objeto de que bendijese los amores extraconyugales del regente Bardas, que quería casarse con su concubina tras haber

repudiado a su esposa. Y en Roma, en 1024, el papa Juan XIX recibió las órdenes sagradas y fue coronado papa en un mismo día, ya que era laico.

## **DE OBISPO A CARDENAL PAPABLE**

Los obispos no son papables a menos que se conviertan en cardenales. Alonso de Borja recibió el capello cardenalicio del siguiente papa, Eugenio IV, el 2 de mayo de 1444, también en virtud de su intervención exitosa en la disputa que este papa venía manteniendo con el rey Alfonso V el Magnánimo por causa del reino de Nápoles.

Alfonso el Magnánimo era rey de Aragón y también de Cataluña, porque los reyes de Aragón llevaban aparejado el título de condes de Barcelona, lo que les convertía en príncipes de toda Cataluña desde que Ramón Berenguer IV de Barcelona se casara con doña Petronila, heredera de Aragón. A partir de su conquista, Valencia y Baleares quedaron comprendidas en el reino.

Además de rey de Aragón y Cataluña, Alfonso V el Magnánimo era rey de Cerdeña y de Sicilia, a lo que se denominaba Reino de las Dos Sicilias, pero como le parecía insuficiente, esgrimía desde tiempo atrás frente al papa Eugenio IV sus derechos al trono de Nápoles, que estaba vacante desde que la reina Juana II falleciera tras haberle adoptado como hijo. Sin embargo, el hecho de que él fuera hijo adoptivo de la reina de Nápoles no impedía a los barones de la casa de Anjou presentar al papa su candidatura a la corona napolitana ni tampoco impedía a Génova y Milán apoyarles. En realidad, la adopción de Alfonso por parte de la reina Juana no fue más que uno de los muchos caprichos pasajeros de la singular soberana, que tuvo tres maridos y numerosos amantes y, según dicen, a todos les prometió la corona de Nápoles. La reina Juana

murió en 1435, y ante el estupor y la decepción de los demás pretendientes dejó a Renato de Anjou como heredero.

Quien tenía que decidir entre los pretendientes era precisamente el papa, por ser el reino de Nápoles feudo de la Santa Sede, y Eugenio IV no se decidía por Alfonso, sino por el de Anjou. Además, Alfonso no solamente quería el reino para sí, sino para dejarlo en herencia a su hijo Ferrante, ilegítimo para mayor complicación.

Esta fue la nueva negociación que recayó sobre Alonso de Borja. Debía conseguir la paz entre las partes y hacer que el papa reconociese a Alfonso de Aragón como rey de Nápoles, y a su hijo bastardo, heredero del trono.

Por otro lado, el papa Eugenio IV había sido elegido el primero de marzo de 1431 en contra de los intereses de los parientes y herederos del anterior papa Martín V, los poderosos Colonna. Los continuos enfrentamientos que se producían en el seno de la Iglesia, promovidos por príncipes tanto eclesiásticos como laicos, habían llevado a la celebración de dos concilios opuestos y antagónicos que se desarrollaban en paralelo, uno en Ferrara, presidido por el papa Eugenio y otro en Basilea, bajo la presidencia del arzobispo de Arlés, el cual terminó por deponer al papa recién nombrado, quien a su vez excomulgó al concilio de Basilea y a todos sus participantes. El concilio de Basilea, sin hacer caso de la excomunión, procedió a elegir un antipapa, Félix V que era nada menos que el príncipe Amadeo VIII de Saboya. Mientras, el concilio de Ferrara se trasladó a Florencia y finalmente a Roma, debatiendo los principios que separaban a la Iglesia de Occidente de la de Oriente.

En toda esta acumulación de hechos, debates y rivalidades, bien necesitaba el papa Eugenio el apoyo de príncipes laicos contra el poderoso antipapa de Basilea y los aún más poderosos Colonna. Por tanto, la contrapartida a

negociar por Alonso de Borja era la adhesión del rey de Aragón a la causa papal.

La negociación respecto a la corona de Nápoles hubiera sido imposible de no ser porque Alfonso el Magnánimo arremetió contra la ciudad de Nápoles con todo su ejército y logró sitiarla y, además, los napolitanos, que no debían tener ningún deseo de ser gobernados por los franceses, se rindieron sin presentar batalla.

Alfonso de Aragón fue, por tanto, reconocido como rey de Nápoles, su hijo Ferrante fue reconocido heredero legítimo y ambos prestaron su apoyo incondicional al papa Eugenio IV. En cuanto a nuestro héroe negociador, el obispo Borja, que había cumplido sesenta y seis años, recibió el nombramiento de cardenal de la Santa Iglesia.

Entonces fue cuando tuvo que trasladarse a vivir a Roma y hubo de latinizar su nombre, Borja, por Borgia.

## **LA PROFECÍA**

A finales del siglo XIV, un fraile dominico valenciano llamado Vicente Ferrer recorría el reino de Aragón predicando la palabra de Dios, o al menos la palabra que la Iglesia consideraba divina, puesto que entre sus prédicas exhortaba a alejarse de moros y judíos incluso a la hora de recabar servicios médicos, cosa de gran importancia si tenemos en cuenta que en aquellos tiempos tanto los médicos judíos como musulmanes tenían una muy bien ganada fama de eficaces. De hecho, los mismos sermones de fray Vicente manifiestan el prestigio social que tenían entonces los alfaquíes (médicos moros) en la sociedad valenciana, porque en ocasiones el predicador procuraba por todos los medios la conversión del médico más que su apartamiento social, con el fin de no perder eminencias científicas para la cristiandad.

En todo caso, el dominico predicaba lo que creía oportuno, que era servir a Dios a través de su Iglesia, y

servirle significaba atrincherarse contra los dos males más temidos en la Edad Media, el contacto con los infieles y el Juicio Final, que por entonces siempre parecía ser algo inminente. Las prédicas de fray Vicente no eran más que el reflejo de la xenofobia antijudía y antimusulmana que existía en los siglos XIV y XV, especialmente en los reinos de Aragón, Murcia y Castilla [3] .



***San Vicente Ferrer. Detalle del retablo del siglo XVI conservado en Santo Domingo de Valencia. San Vicente influyó en gran manera en el destino de Alonso de Borja. Él fue quien convenció a la familia para dedicarle a la religión, quien le introdujo en la corte del rey de Aragón, quien le presentó al papa Luna y quien, según la leyenda, predijo que sería papa y que le canonizaría.***

De hecho, el predicador consiguió numerosas conversiones tanto de moros como de judíos, cosa que entonces se estimó como muy milagrosa por creerse efecto

del énfasis que el mismo Dios ponía en la palabra de fray Vicente. En realidad, la mayoría, por no decir todos los conversos, se veían en la tesitura de bautizarse o perder la clientela y, en numerosas ocasiones, todos sus bienes, porque los cristianos tenían la inveterada costumbre de perseguirles, apedrearles y asaltar sus barrios para robarles y perjudicarles lo más posible.

Pero la lista de milagros de fray Vicente Ferrer no se limitaba a las conversiones, sino que se le atribuían más de mil hechos milagrosos, hasta el punto de que las buenas gentes contaban que el prior de su orden le había prohibido en una ocasión realizar más milagros por no menoscabar el prestigio de la Iglesia. El buen dominico obedeció la orden de su superior sin rechistar, pero no pudo impedir realizar un nuevo milagro cuando un albañil que le contemplaba desde lo alto de un andamio perdió pie y cayó al vacío gritando «¡Sálvame, padre Vicente!». Fray Vicente tuvo que tomar una decisión precipitada que no contrariase la orden recibida ni dejase al albañil sin salvación. Le detuvo en el aire durante el tiempo necesario para correr en busca del prior y pedirle una salvedad a la prohibición. Cuando la obtuvo, voló a rematar la tarea inconclusa, haciendo que el albañil aterrizase sano y salvo.

La historia anterior es incierta, sin lugar a dudas, pero la que se cuenta a propósito de Alonso de Borja, bien pudiera ser real. Se dice que en su incesante recorrido del reino de Aragón para predicar y convertir, fray Vicente recaló en Játiva y allí tuvo ocasión de conocer al pequeño Alonso, que no contaba más de ocho o diez años, de cuya inteligencia desenvuelta obtuvo al parecer una magnífica impresión, ya que, como dijimos anteriormente, insistió a su madre para que le dedicase a estudios religiosos y convenció a la rama rica de la familia para que los sufragase.

La forma en la que el santo predicador trabó conocimiento con el pequeño Borja es bien sencilla. Alonso

y su madre se tropezaron un buen día por la calle con fray Vicente y ella corrió a pedirle que bendijera a su hijo.

También se cuenta, sin que sepamos si es cierto o una leyenda creada cuando ya la profecía se había cumplido, que siendo ya Alonso bachiller jurista y residiendo en Lérida escuchó uno de los encendidos sermones en los que fray Vicente exhortaba a huir del pecado y a honrar a Dios, ya que llegaba la hora de su juicio. Oírle y mostrar inmenso entusiasmo fue todo uno. Entonces dicen que el dominico le miró fijamente y pronunció la frase profética: «Tú serás el ornato y la gloria de tu familia y yo mismo, a mi muerte, seré objeto de tu veneración».

Quienes afirman que esta historia es cierta aseguran que Alonso de Borja creía en las profecías y que se mostró agradecido.

Quienes no la creen cierta, opinan que seguramente se mostró agradecido, pero no por la frase profética sino por los muchos empujones que el dominico le diera en vida, encaminándole no solamente hacia la religión, sino hacia objetivos tan elevados como ser confesor del papa Luna, a quien fray Vicente defendía como papa verdadero con el mismo ardor con el que predicaba contra los infieles, y por ayudarle a acceder al consejo del rey de Aragón.

## **EL PARIENTE POBRE**

La familia Borja valenciana era seguramente de origen aragonés, pues ya dijimos que llegaron a Valencia acompañando al rey Jaime I el Conquistador, pero no podemos asegurar que su linaje procediera de la villa de Borja. Lo que sí sabemos con certeza es que ya en el siglo XIII el apellido Borja era común en el reino de Valencia, especialmente en la ciudad de Játiva, y que la mayor parte de las personas que ostentaban ese apellido procedían de linaje de caballeros. También sabemos que su escudo presentaba un toro de color rojo o, en lenguaje heráldico, un

buey bermejo. Y sabemos que Jaime I el Conquistador repartió las tierras y los castillos abandonados por los moros en su derrota entre los muchos caballeros que le habían ayudado a conquistar el reino. Entre ellos estaba la familia Borja. Caballeros, por tanto, al servicio de su rey.

Ser caballero en la Edad Media suponía encontrarse en uno de los peldaños más elevados de la estratificada sociedad feudal. El zoólogo Konrad Lorenz advirtió que las gallinas constituyen una pirámide jerárquica en la que cada gallina puede picotear a las situadas por debajo de su jerarquía y, al mismo tiempo, recibir los picotazos de las situadas por encima. En esto hay dos excepciones. La gallina colocada en la cúspide que pica a todas y no sufre picotazos de ninguna y la situada en la base que no tiene a quien picar pero recibe los picotazos de todas.



***El escudo de la familia Borja. El toro rojo se convirtió en un símbolo cuando Rodrigo de Borja alcanzó el sitial de San Pedro con el nombre de Alejandro VI e incorporó el toro rojo al blasón papal.***



Eso mismo sucedía en la sociedad medieval. El más alto, que era el papa o el emperador, tenía derechos sobre todos los de abajo y el más bajo, que era el villano o el campesino, tenía obligaciones para todos. Recibía todos los palos y soportaba todo el peso de la pirámide.

Pero el campesino, el artesano o el comerciante no trabajaban para alimentar gratuitamente a clérigos y nobles, sino que, a cambio, recibían de ellos la protección física y moral. El clérigo tenía la misión, encomendada por Dios, de conducir a las gentes hacia la salvación. El señor tenía la misión, procedente asimismo de Dios, de emplear la fuerza, el poder y las armas para mantener el orden y la justicia. La misión de alimentar a todo ese tropel de señores recaía, por tanto, en el siervo, cuyo destino era ser pobre de por vida.

El caballero medieval ejercía la profesión más noble que, aparte de la religiosa, podía ejercer un hombre, que era la de las armas. El valiente caballero luchaba por aumentar su honor e impartir justicia, y mientras el pueblo comentaba y cantaba sus hazañas escritas y recitadas por juglares y clérigos andariegos en romances y poemas épicos.

Pero el caballero no solamente aprendía las armas y la caza, mientras el clérigo aprendía las letras y los rezos; eso sucedía en la alta Edad Media, cuando los nobles eran iletrados y bárbaros. A partir del siglo IX, el renacimiento carolingio comenzó a devolver a Europa el saber de las siete Artes Liberales, las que constituyeron el Trivium y el Quadrivium <sup>[4]</sup>, celosamente guardadas en los monasterios ingleses e irlandeses, a salvo de invasores. Cuando los invasores se civilizaron, ellos mismos reclamaron instrucción y el saber se empezó a propagar a través de las Escuelas Episcopales y Palatinas, las primeras universidades creadas por Carlomagno. Más tarde, otros invasores, los sarracenos, trajeron de Oriente todo el saber clásico traducido al árabe

y después al latín, para que los europeos pudiesen recuperar lo que creían perdido.

Por tanto ya en la baja Edad Media, que es cuando se inicia este relato, los caballeros aprendían a leer y a cantar y se instruían en esgrima, geometría, nigromancia y leyes. Además, ningún caballero se educaba en su casa ni en su castillo, sino que, en su niñez, iba a servir como paje al castillo o palacio del señor feudal de jerarquía superior y allí, al tiempo que servía, aprendía el uso de las armas tanto para la guerra como para la caza, así como todo lo necesario para cumplir con sus deberes cortesanos.

Los Borja, ya asentados en Valencia, lucharon al lado del rey Pedro IV el Ceremonioso contra la alta nobleza aragonesa, con lo cual se desvincularon de Aragón para convertirse en valencianos, a fuero de Valencia. Los nobles medievales, a pesar del juramento de fidelidad que hacían a su señor natural, eran levantiscos y estaban siempre dispuestos a traicionar su juramento y sublevarse contra él y así, cuando Pedro el Ceremonioso pretendió modificar la ley de sucesión para que fuera su hijo quien le sucediera en el trono y no su hermano, los nobles crearon una alianza que se llamó la Unión, para levantarse y obligar a su rey a mantener el privilegio de sucesión a favor del hermano y devolverle el cargo de procurador general del reino, que le había retirado para dárselo a su hijo.

Pero lo que nos interesa saber ahora es por qué Alonso pertenecía a una rama humilde de la familia y por qué Rodrigo, su sobrino más célebre, pertenecía a la rama más distinguida y noble.

Precisamente, Rodrigo procedía de la rama de los Borja que se desvincularon de su origen aragonés y se pusieron al lado de Pedro el Ceremonioso en su lucha contra la Unión, lo que les confirió mayor importancia social en el reino valenciano y les permitió establecer uniones matrimoniales y alianzas con familias de alto rango originarias de Valencia y no de Aragón. Las familias de claro linaje valenciano cuyos

nombres se pronunciaban con mayor respeto y veneración eran por entonces los Fenollet, los Oms, los Escrivá y los Milá, y emparentar con ellos elevaba automáticamente el estatus social. Y la familia Borja, la rica, la que se había establecido en la ciudad y de la que en su día naciera Rodrigo, emparentó no sólo con una, sino con tres de las familias de mayor tronío. Así, la bisabuela paterna de Rodrigo se llamaba Fenollet-Oms y, la abuela paterna, Escrivá.

La otra rama, la que se asentó en Canals, se conformó con cuidar del patrimonio de los parientes ricos. Domingo Borja, el padre de Alonso, era el administrador de la Torre de Canals, una finca propiedad de don Rodrigo Gil de Borja, de la rama noble. Entre los apellidos de Alonso no figuraba el de ninguna de las familias de alto copete, lo que indica claramente su procedencia humilde.

Pero no en vano se acercaba el Renacimiento a pasos agigantados, porque las cosas empezaron a cambiar a mediados del siglo XV, y lo que antes hubiera resultado inadmisible empezó a producirse cada vez con mayor frecuencia. En la Edad Media, la nobleza y la riqueza tenían origen divino, y si uno era noble, rico o caballero lo era por designio de Dios. Por tanto, resultaba inconcebible que un noble emparentase con un siervo, porque los siervos se encontraban uno o varios escalones más abajo. Y, como la nobleza, el poder, la grandeza y la riqueza se heredaban o se recibían siempre en nombre de Dios, de un señor tan poderoso como un rey o un obispo, la desigualdad social era la norma y, además, el origen de esa desigualdad era también divino, por lo que nadie la cuestionaba.

Nadie la cuestionaba hasta que llegó el Humanismo, el movimiento intelectual que se inició hacia el siglo XIV con filósofos tan destacados como Guillermo de Ockham y Roger Bacon, merced a cuyas ideas la gente empezó a plantearse que no era oro todo lo que relucía, que no valía especular y creer las cosas a pies juntillas sino que había que aprender

a observar para buscar la verdad. Con ello, el mundo entró en una nueva etapa en la que lo que valía era no sólo la teoría, sino también la práctica, y ésta nada tenía que ver con Dios.

Y la práctica bien podía incluir el que un individuo de origen humilde como nuestro Alonso pudiera elevar su rango y el de su familia por sus propios méritos y su propio quehacer. Así, Alonso llegó un día a ser jurista prestigioso, a obtener un cargo importante en la administración real y a contar con ingresos cuantiosos. Y todo ello sin mediación alguna de la mano divina, puesto que nada había heredado de sus padres y lo único que había recibido gratis había sido el patrocinio de fray Vicente Ferrer. Y siendo ya Alonso un personaje socialmente reconocido se permitió el lujo de casar a su hermana Isabel con el hijo del amo, Jofré de Borja, hijo de aquel don Rodrigo Gil de Borja y de doña Sibila Escrivá. La familia de Alonso de Borja recibió así un apellido ilustre a incorporar a los vástagos del nuevo matrimonio, y la familia rica acrecentó su patrimonio con la cuantiosa dote que Isabel aportó a las nupcias.

Lo que no se imaginaban ni el nuevo matrimonio ni el resto de la familia es que de esa unión entre la hija del administrador y el hijo del amo iba a nacer nada menos que el Borja más importante de todos, Rodrigo, que llegaría a ser papa con el nombre de Alejandro VI.

Pero para eso debían suceder todavía unas cuantas cosas.

## **LOS CATALANES EN ROMA**

Alonso de Borja había aceptado el capello cardenalicio con el deseo de entregarse en Roma a una vida más reposada y acorde con su edad, después de tantos años de batallar como diplomático y como consejero de señores poderosos. Pero no sabía el flamante cardenal en qué avispero se introducía, porque Roma, su curia y su corte

hervían de rivalidades, odios, enfrentamientos, venganzas y rencillas, algunas de ellas seculares y otras no por más recientes menos peligrosas. En aquel momento, las dos familias más poderosas que impulsaban los enfrentamientos más tumultuosos eran los Orsini y los Colonna.

En 1445, Alonso de Borja se trasladó a Roma y se encontró con que el avispero le esperaba como hubiera esperado a cualquier otro posible rival. Cualquier cardenal lo era puesto que era susceptible de ser elegido papa o bien de apoyar a una o a otra causa.

Pero en Roma no solamente había luchas y enfrentamientos. El Renacimiento se abría allí camino a pasos de gigante y el Humanismo había ya cuajado en intelectuales con los que Alonso trabó amistad, como el cardenal Besarión, obispo de Nicea, al que había conocido en Florencia en sus andaduras para mediar entre el papa Eugenio y el rey de Aragón.

Otro de los ilustres personajes con los que trabó amistad fue Lorenzo Valla, a quien Alfonso de Aragón tomó como secretario para protegerle de la investigación inquisitorial que se le echó encima cuando el sabio humanista publicó un libro con una acerada crítica filológica e histórica de un texto denominado *Donación de Constantino*, en el que demostró la falsedad del documento en cuestión.

Los papas venían utilizando este controvertido documento desde el siglo XI para someter a los reyes y emperadores y tratar de convertir el mundo occidental en feudo pontificio. En la Edad Media, ningún intelectual se hubiera atrevido a un análisis tan exhaustivo de un documento eclesiástico, pero en el siglo XV el libro de Lorenzo Valla señalaba en el texto matices idiomáticos que no solamente no correspondían al siglo IV, que era el tiempo de Constantino, sino que se podían situar claramente en el VIII, de donde se deducía que la falsificación databa de esa fecha. La Inquisición le obligó a huir de Roma, a pesar de lo

cual Alonso mantuvo su amistad carteándose con él con frecuencia.

### LA DONACIÓN DE CONSTANTINO

La Donación de Constantino es un documento falsificado por la curia romana del siglo VIII según el cual, en el siglo IV, Constantino el Grande había recibido del papa Silvestre el agua del bautismo, curándose la lepra que padecía. En agradecimiento, regaló a la Santa Sede todos sus palacios, toda Italia y todo Occidente. Él se retiraría a Oriente y establecería su gobierno en Bizancio, «porque no es justo que el emperador terreno reine donde el emperador celeste ha establecido el principado del sacerdocio y la cabeza de la religión cristiana».

Otros autores cuentan que, arrepentido de sus horribles crímenes, Constantino el Grande pidió a la Sibila que le señalara el camino de la expiación, pero ella le rechazó exclamando «¡Lejos de aquí los parricidas a quienes los dioses jamás perdonan!». Solamente el papa Silvestre I pudo traerle el perdón divino, a través del bautismo.

Es posible que el motivo principal de la falsificación de este documento fuera conseguir para la Iglesia cierta independencia económica y dejar de depender del capricho de los príncipes que unas veces la protegían y otras la abandonaban. Pero lo que no parece tan de recibo es que, según el documento, Constantino concediera además al papa el derecho a llevar una diadema idéntica a la que él ostentaba, la corona, la tiara y el manto de los emperadores, así como el cetro y todas las insignias del imperio; y que concediera a los sacerdotes las mismas dignidades que los senadores, y al clero los mismos atributos que al ejército imperial.

Además, Constantino el Grande nunca se hizo bautizar, aunque algunos señalan que lo hizo ya en su lecho de muerte y «por si acaso».